

# LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA  
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS  
LA CARIDAD

## PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre . . . 0'30 pesetas  
Fuera » » . . . 0'45 »  
Número suelto . . . 0'05 »  
PAGO ADELANTADO

## ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

## ¡POR LEY!

### I

Continuamente recibo cartas haciéndome preguntas más ó menos interesantes, que no á todas me dan contestación los espíritus, diciéndome á veces, que no es conveniente levantar el velo que cubre el pasado, porque este velo oculta *miserias* tan grandes y crímenes tan horribles, que no se pueden publicar habiendo sobrevivientes de los criminales de ayer.

De la Habana, me escribe un espiritista preguntándome con vivísimo interes por dos víctimas de la catástrofe ferroviaria de Ruidecañas, enviándome el suelto siguiente.

## LA FUERZA DEL SINO

Con este título escribe «La Epoca.»

«Entre los muertos en la catástrofe ferroviaria de Ruidecañas figuran los esposos José Dobano y Amalia Caridad.

Ambos contrajeron matrimonio en La Coruña hace mes y medio, y salieron en viaje de novios por Galicia y Madrid. Se dirigían de Barcelona á la Coruña, donde debían embarcar para Cuba.

«Dobano poseía un soberbio hotel en la Habana. Fué á la Coruña para pasar una temporada y casarse con una prima; pero presentáronle á Amalia Caridad, que tenía un modesto comercio de géneros de punto en la calle Real; y se enamoró de ella, proponiéndole el casamiento, que en menos de quince días consumaron.»

«De tardar un mes más en llegar á la Coruña el americano Do-

bano, hubiérase casado Amalia con un dependiente de comercio, á quien dejó por el capitalista habanero.»

¿Es la fuerza del sino? me pregunta el espiritista lo que obligó á esos dos seres á olvidar sus compromisos contraidos, para juntos morir? Pregunto Amalia, pregunta, no es la curiosidad la que me gafa, no, es el afán de estudiar en ese gran libro de tantas hojas que se llama la historia universal, y con tanto empeño me escribe y me ruega el espiritista de la Habana, que le pregunté á mi gafa y me ha contestado lo siguiente.

## II

Ya te he dicho repetidas veces, que no á todas las preguntas se puede contestar, mas esos dos seres, por quien tanto se interesan algunos de tus amigos y compañeros, como no han dejado parientes muy cercanos á quienes pueda lastimar los hechos pasados de esos dos individuos, te diré, que en realidad el epigrafe del suelto de «La Epoca» es adecuado al decir *La fuerza del sino*, que en realidad es la fuerza de la ley. Ese hombre y esa mujer que al verse rompieron sus compromisos matrimoniales, y se unieron rapidamente dominados por una fuerza superior á todos los miramientos sociales, son dos espíritus que en diversas encarnaciones se han unido y se han amado. No se han unido legalmente ante la ley, pero se han amado y juntos han corrido por la tierra en pos de diversas y arriesgadas aventuras, teniendo siempre los dos el mismo sexo que en su última existencia. Ella siempre ha sido impresionable, de viva inteligencia, y él la ha querido tanto, que ha hecho siempre lo que ella le ha indicado. En su penúltima encarnación los dos pertenecian á la última capa social, eran bandidos, y ella se puede decir que era el jefe de una cuadrilla numerosísima que se dedicaba á robar fondos del estado, y en los Estados Unidos verificó un robo importantísimo, en un tren, que por los trabajos que ellos hicieron durante algunas noches, se hundió en un abismo rompiéndose un puente, muriendo muchos viajeros mientras ellos concedores del terreno y de los coches furgones donde iban colocados muchos millones para pagar las tropas del Estado, se apoderaron de todos los sacos y documentos y en aquella horrible confusión, pudieron escapar los malhechores, repartiéndose entre todos el abundante producto de su robo, y los esposos de hoy, se retiraron muy lejos del lugar donde tanto daño hicieron y se consagraron á enjugar muchas lágrimas, los dos á la vez escucharon la voz de su remordimiento, y procuraron borrar con sus buenas obras sus crímenes pasados; tanto bien hicieron, que murieron tranquilos y se llevaron muy poco el uno del otro de su entrada en el espacio.»

«Pronto se dieron cuenta de su verdadera vida, y se juramentaron para volver á la tierra á dar comienzo al *saldo* de sus cuentas,

y por eso se han buscado para morir del modo que hicieron morir á tantos virjeros en su anterior encarnación, y durante mucho tiempo se buscarán para hacer juntos el trabajo que tienen que hacer. Como se aman con delirio, se unirán siempre, y juntos irán á la muerte contentos porque van juntos, hé aquí porque aunque los dos tenían su palabra empeñada, al verse se olvidaron de todos sus compromisos sociales, porque su amor es superior á todo, y no tienen mas que un deseo veheméntísimo, regenerarse para ser felices con su inmenso amor. Adios.

### III

¡Bendita sea la semilla del amor! en la tierra mas pedregosa, sobre la roca mas escarpada, en la cumbre de la mas alta montaña donde las águilas forman su nido, en todos los parages ya sean calcinadas por un sol de fuego, ó cubiertos por el blanco sudario de las nieves eternas, en todas partes echa raíces la planta del amor ¡bendita sea!

Bien decia Victor Hugo, que si no existiera el amor se apagaria el sol.

Los séres mas miserables, los criminales mas empedernidos, los espíritus mas groseros y mas abyectos cuando sienten latir su corazón por una sensación que no conocen, pero que se estremecen, que tiemblan ante un algo incomprendible y desconocido, entonces, aunque habiten los criminales entre fieras del bosque, dicen con sus miradas y con sus ademanes, ¡brilla una nueva luz!

Las religiones dicen que Dios dijo: ¡Hágase la luz, y la luz fué hecha! pero esta luz no fué la luz de los soles, fué la luz de las almas, cuando las inflamó el fuego divino del Amor.

*Amalia Domingo Seler*

---

## DIÁLOGOS ESPIRITISTAS

---

### LA MEJOR FILOSOFÍA

—Recuerda que el principio de la sabiduría, consiste en saber dudar, con lo cual estoy muy conforme. Quien duda, se mueve, piensa, raciocina, desata los lazos de la rutina y dá rienda suelta á la innata independenciam del pensamiento humano.

—Está bien; pero no debemos interpretar la afirmación del filósofo excéptico, en un sentido absoluto y exagerado. ¿Dónde

iriamos á parar, si dudásemos de todo: Del bien y de la patente providencia de las leyes divinas; del progreso del espíritu y de la humanidad; de la finalidad santa y grandiosa del Universo?

—Eso mismo pienso yo; solamente que tu impaciencia no me ha dejado completar la idea. Hay que convenir en que la duda, á semejanza de todos los contratiempos y sinsabores de la vida, viene á ser el aceite de la razón, el aviso que nos dá la experiencia para que rectifiquemos nuestra conducta y pongamos en juego los utilísimos recursos de nuestras variadas facultades.

Sin ella, la sociedad humana se hubiera estancado en un aplastador enervamiento y no habría realizado sus más grandiosas transformaciones. Moisés, Jesús, Mahoma, Budha, Lutero, Voltaire y Tolstoy, todos los grandes reformadores, los protestantes de todas las épocas, hallaron en sus dudas la fuente de su valiente y genial rebeldía.

—Pero no á todos les impulsó esa duda en igual forma, ni con la misma intensidad, pues á muchos de ellos les llevó la buena fé y la esperanza en el porvenir, á la ejecución de sus acciones heroicas y admirables.

—Desde luego que sin la fé y el entusiasmo que ardía en sus corazones, tal vez alguno de esos mártires hubiera decaído, al empuje del más negro excepticismo; pero es casi seguro que el punto inicial de sus arraigadas convicciones fué un luminoso instante de franca duda.

—Y reconociendo esta verdad, ¿cómo puedes explicarte que haya todavía personas de relativo talento que aconsejen la supresión de «la funesta manía de pensar» y pregonen como medida salvadora la prohibición de la libertad de pensamiento?

—Por la sencilla razón de que pensando el hombre por cuenta propia y poniendo en tela de juicio los tremendos absurdos que casi les obligan á aceptar los pontífices de todas las doctrinas, acabarían por rechazarlos con toda el alma y por reconocer el error en que hasta entonces había vivido.

—Tal sucede con todo espíritu sensato, cuando abandona la peregrina táctica de la fé ciega y, empezando á dudar de las afirmaciones del catolicismo, dirige su curiosa mirada hácia el campo de las teorías racionalistas: Descubre las falsedades, inexactitudes y contradicciones de aquélla secta intransigente y termina caminando por sus respetos y admitiendo solamente lo que su razón le presenta como aceptable.

Esé racionalismo que nos legaron nuestros mayores, despues de sangrientas revoluciones; la libertad de pensamiento que hoy garantizan nuestras vigentes Constituciones, es la que ha dado empuje y ambiente adecuado al Espiritismo científico, y ha fomentado los variados sistemas filosóficos que existen en nuestro tiempo, tan lleno de dudas, perturbaciones y crisis sociales, éticas

y religiosas.

—¿Y qué ventajas reconoces al Espiritismo, para otorgarle la preferencia que noto le das, siempre que hablamos de estas cosas?

—Son tantas, que no me sería posible exponértelas en el escaso tiempo que nos resta de conversación. Pero lo que á mi juicio hace de esta doctrina un ideal insuperable é insustituible para los hombres actuales, es la consecuencia práctica que se deduce estudiando su admirable filosofía.

—¿Acaso los restantes sistemas dejan de ser hermosos, considerados en teoría?

—No te niego que puedan presentar una vistosa perspectiva, si les miramos desde un punto de vista adecuado. Mas estoy seguro de que ninguno satisface nuestras ansias del modo tan completo como lo lleva á efecto la filosofía de los espíritus.

Así vemos, que tal sistema recomienda la violencia, el poder del más fuerte, como regla práctica de conducta; este declara que el fin de la vida está en la renunciación, en la continua tendencia al anonadamiento; aquel es partidario de la lucha feroz por la existencia; el de más allá desprecia todas las cosas de la vida y pregona la burla sangrienta de todo ideal y de toda aspiración.

—¿Por qué omite el Cristianismo, que aconseja el perdón como táctica ideal en las relaciones sociales?

—Porque, según mi opinión, es la única doctrina que tiene la razón de su parte, si lo interpretamos como es debido y como seguramente desearía el Inmortal nazareno.

La ciencia moderna, los últimos descubrimientos en el terreno de la filosofía natural, parece como que vienen á confirmar el fondo de verdad que encierran las inolvidables frases: «Perdónales, Padre, que no saben lo que hacen.»

—De modo que en esa hermosa súplica del Cristo, ¿no sólo debemos ver la expresión de un alma dulce y misericordiosa, sino además, el claro axioma de un nuevo sistema filosófico?

—Efectivamente. Y si no, medita conmigo y lo verás: El Espiritismo afirma y demuestra que el mal no existe; que todos los seres somos idénticos y que, diferenciándonos solamente en el grado de progreso que hayamos adquirido, ningún espíritu puede ser verdaderamente perverso, ya que sus acciones vienen á ser el producto ó la resultante de un sin fin de influencias y circunstancias.

—Con esa teoría caemos los hombres en el peligroso error de quitarle al sér pensante su libre albedrío y por ende, la responsabilidad de sus actos.

—No voy tan lejos como supones, pero algo de eso hay en las nuevas concepciones sobre el alma y sobre la moralidad. Luego si en el universo no hay nada absolutamente malo y cada sér obra como puede y con arreglo á su mayor ó menor ignorancia, no de-

berá existir nadie que merezca nuestro odio y nuestro desprecio, por muy atrasado que nos parezca y por desagradable que sea el efecto que en nosotros produzcan sus acciones.

—Según ello, ¿cuál es para tí la mejor filosofía?

—La que explica el Espiritismo, que demuestra sin vuelta de hoja, que lo que llamamos mal es un efecto de óptica, producido por nuestra falta de conocimiento; y que preceptúa como regla práctica para la conducta humana una prudente y racional conmiseración.

Con su empleo, nos ahorramos mil disgustos y contratiempos; y además de nuestra interior tranquilidad, logramos, sin darnos cuenta, el progreso espiritual de aquellos seres que reciben, como contestación á sus ataques, la saludable y amorosa punzada de nuestro perdón.

*Spero*

---

## EL AMOR

---

¡Cuán ciegos somos los humanos!

Pasamos al lado de la felicidad envueltos en nuestro tremendo orgullo y en nuestro excesivo egoísmo, sin sospechar siquiera que ese objeto que todos buscamos con anhelo, con desmedido afán, ó sea la dicha, se halla cerca, muy cerca de nosotros, tan cerca que está dentro de nuestro propio ser.

Nosotros y solamente nosotros, somos los causantes de nuestra desgracia, de nuestros sufrimientos. Nosotros y solamente nosotros hemos de ser los artífices de nuestra felicidad.

Tenemos á nuestro alcance un gran remedio para todos nuestros males, un generador de bienes sin número para el hombre. Ese remedio, ese generador es el Amor.

El Amor es la panacea que ha de curar todos los males humanos cuando, comprendiéndolo así, acudamos á su benéfico empleo, es el bálsamo que cura todas las heridas del alma. No hay lágrima que no enjague, tempestad moral que no apacigue, dolor que no consuele, desaliento que no fortalezca. El amor es el ojo del ciego, la protección de la viuda, el amparo del huérfano, el supremo consuelo del que sufre. Nadie llora donde reina el amor.

Todos podemos revestir nuestras almas con este celeste ropaje que ha de acabar en nuestro mundo con las divisiones, con las disensiones, con las guerras en los hogares y entre las naciones. Pero, por desgracia, aun ocupa lugar privilegiado en nosotros el enemigo mortal del amor ó sea el egoísmo. El egoísmo, esa exaltación del yo, de la personalidad que hace que el hombre piense,

sienta y obre siempre con relación á sí mismo, nada mas que á sí, sin ocuparse de los lamentos de los demas seres á quiénes pisa sin consideración y sin piedad, á su paso.

¡Cuanta ceguedad! ¡Cuanta ignorancia hay en el hombre! ¡Cuán pasional es todavía!

En vez de hacer reinar entre nosotros el amor que habia de trasformar nuestra pequeña tierra, nuestra cárcel, en un paraíso en él que las lágrimas de los unos serian enjugadas por los besos de los otros, nos complacemos en hacer todo lo contrario, hay que reconocerlo así. La envidia, la calumnia, la maledicencia con toda su cohorte de horrores son el pasto de las conversaciones habituales de nuestro siglo. El hablar mal del prójimo parece ser en nosotros como una necesidad.

Es una costumbre tan arraigada ya por desgracia que no sabemos hacer otra cosa en nuestras reuniones, en el café, en la tertulia que sacar á relucir los defectos de los demas sin fijarnos que ellos y los que nos escuchan podrian decirnos continuamente y con razón: Mas eres tu.

La hipocresia preside á todas las relaciones sociales y con ella el desamor, la completa despreocupación de lo que pueda ocurrir, de lo que pueda dañar nuestra conducta á nuestros semejantes.

¿Qué de extraño que el ser que así obre suela encontrarse solo en los momentos de amargura de los que está sembrada la vida? ¿No es lógico y justo el resultado que obtiene?

Con su orgullo que le hace creerse superior á todos, con su tremendo egoísmo que lo lleva á herir á diestra y siniestra á todos los corazones, va creando el vacío á su alrededor el alma humana, vacío que comienza aquí para continuar mas terrible, mas acusador en la vida de la verdad, en la vida del espacio, vacío que constituye precisamente su castigo.

Si el amor reinara entre nosotros, los efectos ó sean las consecuencias de nuestra vida serian muy otras. Efectivamente.

La amabilidad, la dulzura, el perdón de las ofensas, la indulgencia para las faltas ajenas, la compasión para todos los dolores, la severidad para las propias pasiones, la nobleza y la generosidad de corazón, en una palabra, todas las virtudes hijas del amor grabadas con caracteres indelebles en las almas humanas asegurarian sobre la tierra el advenimiento del reinado de paz anunciado por Jesús á los hombres de buena voluntad.

No puede ser ni será otra cosa mientras la sinceridad no reemplaza en nosotros á la hipocresia y la humildad y el amor no destierren de casi todos los habitantes de este mundo su aterrador orgullo y su cruel egoísmo.

El amor que es la sonrisa de Dios nos asegura la dicha, á pesar de las condiciones especiales del planeta. Todas las heridas se curan con el empleo de ese bálsamo divino cuyo foco, cuya fuente

es el mismo Creador. Todas las lágrimas humanas se secarán con el estrechísimo abrazo fraternal que se darán los hombres cuando se amen. Los lamentos terrestres se trasformarán al contacto amoroso de los seres en cánticos de alabanzas y en bendiciones á la Suprema Ley que somete á sus criaturas á la justa y natural expiación de sus faltas para asegurar su elevación progresiva intelectual y moral.

¡Ah! ¡Amor! Sentimiento sublime que has de redimir á las almas de nuestro pobre mundo. Avanza. Apodérate de todos los corazones.

¡Bendito seas!

*Ceta.*

---

## DE ULTRATUMBA

Hermanos míos: hay una suprema afirmación para la conciencia humana; el conocimiento de la ley; donde la ley reina todo es orden, equidad, justicia y bien.

Nada sucede fortuitamente; no es el acaso el que determina los efectos ni engendra las causas; es una sabia, armoniosa y justa previsión la que rige en todo, y siempre impulsando las cosas y los seres á mayor alteza y á mayor bien.

El hombre á quien ilumina ese rayo bendito de la fe, á cuya luz estudian los seres desposeídos de la preocupación y de las pasiones la marcha majestuosa que cada espíritu realiza hacia su engrandecimiento y su progreso, nada teme, ni duda jamás, porque en medio de la noche más lóbrega distingue en el horizonte ese foco inmanente de donde se desprende el orden, la armonía y la equidad, que presiden el destino humano.

Dadas estas consideraciones, refugiaos en vuestra conciencia los que en ella habéis levantado un templo á la Justicia y al Bien, y nada, nada turbe vuestra esperanza, porque no pueden faltar las promesas del Señor á los buenos, ni su juicio equitativo y santo á los culpables.

En una tempestad, muchos corren el peligro de un gran naufragio; ¿por qué, hermanos míos, unos se hunden y otros se salvan y arriban á puerto, aunque sea conducidos entre las olas embravecidas, por la tabla que flota para su salvación del destrozado bajel? ¿Todos no son hijos de Dios? Sí; pero unos deben ascender desde el fondo del abismo á que la gravitación de sus propias culpas los impulsan, y otros no necesitan sino creer, orar, amar y esperar, porque Dios está con aquellos que le buscan en sus obras, palabras y pensamientos.

Tened fe, confianza y resignación y que la voluntad del Señor se realice en vosotros y en todas las criaturas.